



## Caminando en el Año de la fe

"La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud" (PF 2).

Estimados,

El Santo Padre Benedicto XVI con estas palabras abre la carta apostólica, motu propio, *Porta Fidei*, con la que el día 11 de octubre de 2011, inaugura el *Año de la fe*, que tendrá su comienzo el próximo 11 de octubre de 2012, en el 50° aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013.

El Papa – como recuerda – retoma la exhortación dirigida a la Iglesia en la homilía de la santa Misa en ocasión del inicio de su pontificado.

Él renueva esta exhortación, en esta solemne cita de comienzo del Año de la Fe, destacando que la fecha recuerda también los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por el Beato Papa Juan Pablo II, "con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe".

Estamos llamados a redescubrir la fuerza y la belleza de la fe. Se nos dice, en efecto, que la gracia del Concilio, sus frutos, y entre ellos el Catecismo de la Iglesia Católica, quieren conducirnos hacia el redescubrimiento de la fe, su evangelización o nueva evangelización, conscientes "de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación" (n. 5).

Sobre estas premisas, se fundamenta la iniciativa del Santo Padre de donar a la Iglesia el *Año de la fe*.

Él subraya que no se trata de una novedad, porque Pablo VI instituyó un Año de la fe en 1967, en el décimo noveno centenario del supremo testimonio del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, llamando la Iglesia a "una auténtica y sincera profesión de la misma fe", atestiguando así que "los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado" (n. 4).

El Papa, además, refiriendo el testimonio de Juan Pablo II, nos repite que el Concilio constituye "la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX", y que los documentos conciliares "no pierden su valor ni su esplendor". A partir de aquí la invitación a todos de leerlos y acogerlos guiados por una correcta hermenéutica, para que puedan convertirse cada vez más en una gran fuerza para la necesaria renovación de la Iglesia.

Justamente por el documento conciliar *Lumen Gentium* toma inspiración Benedicto XVI para recordarnos que "la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación".

"El *Año de la fe* es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo" (n. 6).

El contenido fundamental de nuestra fe es la manifestación del amor del Padre, en Jesucristo, entregado a nosotros a través de su Espíritu, muerto y resucitado por amor nuestro, que nos llama a resucitar con Él y en Él, para que "así también nosotros andemos en una vida nueva". "Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La «fe que actúa por el amor» se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre" (n. 6).

A través de la fe nosotros entramos en el amor de Cristo que nos apremia a seguir adelante (2Cor 5, 14), a ponernos en marcha para testimoniar y evangelizar.

"Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos" (n. 7).

Caminando en el Año de la fe. El impulso se nos da por el Asamblea General del Sínodo de los Obispos convocada por el Papa para el 7 de octubre, sobre el tema La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. El Santo Padre y los Obispos con él nos invitan a redescubrir nuestra fe, dejándonos iluminar por los documentos del magisterio, a estudiarla, a atestiguarla y a confesarla incluso públicamente. Se trata de un llamado dirigido a toda la Iglesia, empezando por los consagrados.

"Las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el *Credo*" (n. 8).

La carta apostólica, así, nos recuerda la necesidad de profesar nuestra fe en su plenitud y nos invita a mirar hacia los primeros cristianos que, recibido el "símbolo" en el bautismo, se preocupaban de retenerlo en la mente, de custodiarlo con amor y fidelidad, de "vigilar en ello con el corazón".

Nuestra fe, además, tiene un significativo lugar de manifestación en la liturgia y especialmente en al Eucaristía. Pero el Papa nos invita a ir más allá: "Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este  $A\tilde{n}o$ " (n. 9).

La fe es un don, el don más grande del amor del Señor, después del de la vida. Ella nace en el corazón de Dios y busca la adhesión del ser humano, el amor del ser humano.

El Santo Padre, nos recuerda, por tanto, las palabras de Pablo a los Romanos: "con el corazón se cree y con los labios se profesa" (Rom 10, 10). Y por eso nos avisa: "La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él" (n. 10).

En el fundamento de nuestra fe de creyentes se coloca esta libre opción, fundamental. Con ella, en una unidad efectiva, coexisten los contenidos particulares de la fe cristiana que profesamos en su riqueza.

Así, si escogemos libremente de acoger el don del Señor, responsablemente, pero con el don del Espíritu, somos llamados a atestiguar nuestra fe en lo social.

La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso." (n. 10).

El testimonio de la fe es el primero y más importante medio para evangelizarla y promocionarla. El Santo Padre, sin embargo, recuerda que la misión de la Iglesia ha sido suportada y conducida por la fe, que animó inicialmente a los Apóstoles, y luego a los discípulos, a los mártires y a gran multitud de consagrados:

"Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar" (n. 13).

Este compromiso de los religiosos para la evangelización está más evidenciado en el *Instrumentum laboris* del Sínodo con una sabia y sintética mirada:

"Se reconoce la importancia, a los efectos de la transmisión de la fe y del anuncio del Evangelio, de las grandes órdenes religiosas y de las diversas formas de vida consagrada, en particular de las órdenes mendicantes, de los institutos apostólicos y de los institutos seculares, con el propio carisma profético y evangelizador, también en momentos de dificultad y de revisión del propio estilo de vida. La presencia de la vida consagrada, aunque escondida, es vista, sin embargo, desde una óptica de fe como fuente de muchos frutos espirituales a favor del mandato misionero, que la Iglesia está llamada a vivir en el presente". Se desea, además, "que la vida consagrada ofrezca una contribución esencial a la nueva evangelización, en particular en el campo de la educación, de la sanidad, de la atención pastoral, sobre todo hacia los pobres y las personas más necesitadas de ayuda espiritual y material" (n. 114).

Especial importancia reviste, para la vida consagrada, y para nosotros que vivimos el carisma del Rogate, la parte que cierra el *Instrumentum laboris* que se detiene en la "centralidad de las vocaciones":

"En esta prospectiva se espera que el próximo Sínodo se concentre explícitamente sobre el tema de la centralidad de la cuestión vocacional para la Iglesia hoy. Se espera que el Sínodo sobre la nueva evangelización ayude a todos los bautizados a ser más conscientes del propio compromiso misionero y evangelizador. Frente a los escenarios de la nueva evangelización, los testigos, para ser creíbles deben saber hablar los lenguajes de su tiempo, anunciando así desde adentro las razones de la esperanza que los anima. (...) Más específicamente, el Sínodo deberá prestar una particular atención al ministerio presbiteral y a la vida consagrada, en la esperanza de poder ofrecer a la Iglesia el fruto de nuevas vocaciones sacerdotales, lanzando nuevamente el empeño de una clara y decidida pastoral vocacional" (n. 159).

En efecto, se sabe que "uno de los signos más evidentes de la debilitación de la experiencia cristiana es, precisamente, el debilitamiento de las vocaciones, que se relaciona tanto con la disminución y la defección de las vocaciones de especial consagración en el sacerdocio ministerial y en la vida consagrada, como con la difundida debilidad referida a la fidelidad a las grandes decisiones existenciales, por ejemplo en el matrimonio" (n. 160).

Será fundamental retomar "la problemática, que se relaciona estrechamente con la nueva evangelización, no tanto para constatar la crisis, y no sólo para reforzar una pastoral vocacional que ya se encuentra en acto, sino más bien, y más profundamente, para promover una cultura de la vida entendida como vocación" (n. 160).

El Año de la fe, por tanto, interpela especialmente a nosotros los Rogacionistas y a los que somos los hijos e hijas del Padre Aníbal. El carisma del Rogate, que nace de la compasión del Corazón de Cristo por las multitudes cansadas y agobiadas como ovejas sin pastor, hoy más que nunca, en la escucha de la Iglesia, nos llama a difundir el evangelio de la vocación.

El Padre Aníbal nos recuerda que cada creyente tiene una vocación y que poniéndose en la escucha y en el seguimiento, se convierte en un testigo, anunciador y apóstol. Tanto más esto nos compromete como consagrados.

Nuestra Regla de Vida nos llama al seguimiento y a la evangelización:

"El seguimiento de Jesucristo, tal como está propuesto en el Evangelio, es nuestra suprema regla de vida. Fascinados por el Maestro divino, lo dejamos todo por Él (Cf. Mt 4, 18-22; 19, 21.27; Lc 5, 11) y lo preferimos a todo para poder participar en plenitud a su misterio pascual.

En la vida espiritual, en un itinerario de fidelidad creciente, somos configurados a Jesucristo siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, viviendo en plena comunión de amor y de servicio en la Iglesia" (Const. 10).

Seguimos a Jesucristo, atraídos por su amor y contagiados por su compasión para la evangelización y salvación de las almas:

"Marcados por el sello (Cf. Ap 7, 3-4) de las palabras de Jesús que decía: La mies es abundante, y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ¡Poneos en camino! (Lc 10, 2ss.), estamos llamados a anunciar la importancia del divino mandato para la vida de la Iglesia y la salvación de la humanidad. La plena acogida de la enseñanza de Jesucristo nos obliga no sólo a elevar súplicas y suspiros al Altísimo para que llene de buenos trabajadores evangélicos la Santa Iglesia y todo el mundo, sino también a no ahorrarnos en nada para actuar nosotros también como buenos trabajadores en la mies del Señor" (Const. 65). En nuestro apostolado específico "nos implicamos para difundir la oración para los trabajadores de la mies como instrumento eficaz de evangelización y discernimiento vocacional" (Const. n. 68).

Nuestro apostolado será siempre iluminado por la misión que nos ha sido entregada por el santo Fundador, fielmente transmitida en nuestra Regla de Vida, para "...ser buenos trabajadores en la Iglesia, comprometiéndonos en las obras de caridad, en la educación y santificación de los niños y los jóvenes, especialmente pobres y abandonados, en la evangelización, promoción humana y ayuda de los pobres" Const. n. 3).

A este compromiso de testimonio y de evangelización nos llamó, recientemente, el Santo Padre en el mensaje dirigido al XI Capítulo General:

"Vuestra congregación se beneficia de una larga historia, escrita por valientes testigos de Cristo y del Evangelio. Siguiendo sus pasos estáis hoy llamados a caminar con renovado celo para impulsaros, con profética libertad y prudente discernimiento, por audaces caminos apostólicos y fronteras misioneras, cultivando una estrecha colaboración con los obispos y los demás miembros de la comunidad eclesial. Los vastos horizontes de la evangelización y la urgente necesidad de dar testimonio del mensaje evangélico a todos, sin distinciones, constituyen el terreno de vuestro apostolado. Muchos esperan aún conocer a Jesús, único Redentor del hombre, y no pocas situaciones de injusticia y de malestar moral y material interpelan a los creyentes.

"Una misión tan apremiante requiere incesantemente conversión personal y comunitaria. Sólo corazones totalmente abiertos a la acción de la gracia son capaces de interpretar los signos de los tiempos y percibir los llamamientos de la humanidad necesitada de esperanza y de paz".

En las páginas conclusivas de la carta apostólica *Porta Fidei* Benedicto XVI hace referencia a estos signos de los tiempos y a la apelación que nos viene desde la humanidad necesitada de esperanza y de paz:

"En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy,

reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad" (n. 12).

El Año de la fe, entonces, quiere constituir un impulso para que toda la Iglesia se ponga en camino para responder a esta apelación.

Como podemos comprobar, leyendo la carta apostólica, encontramos muchísimos puntos que nos empujan a entrar con el entusiasmo de los neófitos en este *Año de la fe*, y en el mismo tiempo descubrimos las directrices para recorrer el camino de redescubrimiento de la fe, de sincera conversión y de efectivo testimonio.

El Santo Padre, además, deseando que este año de gracia conlleve copiosos frutos de renovación, en la misma carta invitó a la Congregación para la Doctrina de la Fe a que "redacte una *Nota* con la que se ofrezca a la Iglesia y a los creyentes algunas indicaciones para vivir este *Año de la fe* de la manera más eficaz y apropiada, ayudándoles a creer y evangelizar" (n. 12).

El dicho Dicasterio, en su "Nota con indicaciones pastorales para el Año de la fe", ofreció a toda la Iglesia muchas preciosas sugerencias.

El Año de la fe llama nuestra atención hacia el Sínodo, con el que empieza. Somos invitados a redescubrir la peregrinación, que quiere ser siempre camino de fe, y a mirar en particular a María, figura de la Iglesia que en sí "reúne y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe" (LG 65). Somos invitados a vivir la Jornada Mundial de la Juventud y a asistir a los simposios, convenios y convocaciones que favorecen el conocimiento de la fe y su testimonio. En particular somos solicitados a profundizar los documentos conciliares y el Catecismo de la Iglesia. El Año de la fe nos llama a "a un renovado compromiso de adhesión eficaz y cordial a la enseñanza del Sucesor de Pedro". Sabemos que todo esto, para nosotros, los hijos e hijas del Padre Aníbal, tiene una relevancia especial. En este respiro eclesial, para la conclusión del Año, seremos invitados a "renovar solemnemente la profesión de fe".

La Congregación para la Doctrina de la Fe, sigue dando interesantes directrices y sugerencias a nivel de Conferencias Episcopales, a nivel diocesano y parroquial, de comunidades, asociaciones y movimientos.

Por lo que interesa a las Iglesias locales, la *Nota* sugiere, entre otras cosas, adecuadas celebraciones de la fe, una jornada dedicada al Catecismo de la Iglesia, organizaciones de momentos especiales de catequesis, formación permanente sobre los documentos conciliares y sobre el Catecismo, iniciativas apropiadas en los tiempos fuertes de Adviento y de Cuaresma, sensibilización del mundo académico y cultural, atención particular hacia el mundo juvenil y las escuelas católicas.

A nosotros, los religiosos, se nos dice: "En este tiempo, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada y de las Sociedades de Vida Apostólica son llamados a comprometerse en la nueva evangelización mediante el aporte de sus propios carismas, con una renovada adhesión al Señor Jesús, fieles al Santo Padre y a la sana doctrina".

Estimados hermanos, exhorto a todos vosotros a deteneros comunitariamente y personalmente sobre los dos documentos que en breve

síntesis intenté presentar, para que todos nos podamos poner en camino en el Año de la fe, acoger las indicaciones que se nos dan, y, en este espíritu, siguiendo el estilo de nuestro Santo Fundador que para reavivar la fe encontraba o redescubría cada vez nuevas "industrias espirituales", nosotros también, según las oportunidades que tengamos, a nivel de Circunscripciones y de Comunidad, pongamos en acto aquellas iniciativas que nos lleven a reavivar y testimoniar nuestra fe.

"Cada iniciativa del *Año de la fe* busca favorecer el gozoso redescubrimiento y el renovado testimonio de la fe".

Recuerdo que para nosotros los Rogacionistas, las Hijas del Divino Celo, las Misioneras Rogacionistas y los Laicos de la Familia del Rogate, a lo largo del próximo año la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones adquiere una importancia particular, en el 50° aniversario de su institución.

Sabemos que ella constituye idealmente el punto de llegada de aquella animación que nuestro santo Fundador inició en la Iglesia de Mesina y que después, poco a poco, alcanzó la Iglesia universal. Podemos creerla punto de llegada, porque la necesidad y la urgencia de la oración por las vocaciones es promocionada puntualmente por el Sumo Pontífice, pero como el problema de las vocaciones está vivo hoy todavía, ella permanece un punto de renovada salida, especialmente para todos nosotros que recibimos la misión del Rogate.

En este año, además, estamos comprometidos en promover la figura de nuestro santo Fundador como "Patrono de las Vocaciones", en la conciencia que este título puede llevar a un mayor conocimiento de su camino de santidad y de su pasión para el Rogate y, consecuentemente, contribuya a la difusión de la oración por las vocaciones.

Nosotros todos, en el contexto en el que vivimos y actuamos, nos haremos portadores de esta iniciativa, en la conciencia que, de todos modos, ella promueve la difusión del culto de nuestro fundador, San Aníbal María Di Francia, y, en este *Año de la fe*, según la invitación que nos dirige el Santo Padre, evangeliza el Rogate.

Deseo cerrar esta carta con las palabras del Santo Padre: "Confiemos a la Madre de Dios, proclamada «bienaventurada porque ha creído» (*Lc* 1, 45), este tiempo de gracia".

Con este auspicio, Os saludo con afecto en los Divinos Superiores,

Roma, 21 de septiembre de 2012 Fiesta de S. Mateo, Evangelista

(P. Angelo A. Mezzari) R.C.J.)